

papá ha vuelto á escape, y al saber donde estabas, me ha mandado que tomase los caballos y fuese á buscarte.—¿Sí? Pues ya me has encontrado, contestó Berta poniendo el pié en el estribo.—¡Cómo! exclamó Mary; ¿sin despedirte si quiera de tu pobre caballero?—Sí tal.

Y al tender la mano al mancebo, que se adelantaba abatingo:

—¡Ah señorita Berta! dijo tomándole la mano, ¡soy muy desgraciado!—¿Por qué? le preguntó Berta.—Porque no soy de los vuestros, como poco há deciais.—¿Y quién os lo priva? repuso Mary tendiéndole también la mano.

El mancebo acudió solícito, y la besó con la doble pasión del amor y del reconocimiento.

—¡Ah! sí, sí, por vos y con vos, dijo en voz tan baja que sólo Mary pudiese oírle.

Pero la mano de esta fué en cierto modo arrancada de las del mancebo por un brusco movimiento del caballo. Berta había golpeado el suyo con el talón, descargando al propio tiempo un latigazo en la grupa del de su hermana. Caballos y jinetes desaparecieron al galope como sombras en la oscuridad.

El barón quedó solo é inmóvil en medio del camino.

—¡Adiós! gritóle Berta.—¡Hasta la vista! añadió Mary.—¡Ah! sí, sí, exclamó el mancebo tendiendo los brazos á las dos fugitivas: sí, ¡hasta la vista! ¡hasta la vista!

No despegaron los labios las dos hermanas hasta llegar á la puerta del castillo. Entonces dijo Berta:

—Vas á reírte de mí, Mary.—¿Por qué? preguntó ésta estremeciéndose á pesar suyo.—Porque le amo, contestóle su hermana.

Mary estuvo á pique de exhalar un doloroso gemido; pero tuvo suficiente entereza para ahogarlo.

—Y le he dicho ¡hasta la vista! dijo para sí. ¡Quiera Dios que no le vea más!

XII

LA PRIMA DEL CONDE DE VOUILLÉ

Al día siguiente, 7 de mayo de 1832, celebrábase en el castillo de Vouillé el vigésimo cuarto aniversario del natalicio de la condesa de Vouillé, y entre los veinte y cinco ó veinte y seis convidados hallábanse sentados á la mesa el prefecto de Poitiers y el alcalde de Châtellerault, parientes más ó menos lejanos de la condesa.

Acabábase de comer la sopa, cuando de pronto entró un criado y dijo algunas palabras al oído al señor de Vouillé. Este hizo que se las repitiesen como si no se atreviese á dar crédito á sus oídos, y levantándose acto continuo, dijo á los convidados:

—Con vuestro permiso, señores, me tomo la libertad de ausentarme unos momentos, pues según acaban de decirme hay á la verja del castillo una señora recién llegada en silla de posta, que al parecer desea hablarme. ¿Me autorizáis para acceder á sus deseos?

Todos los comensales se apresuraron á manifestarle cortésmente su asentimiento, excepto la condesa que fué la única que no abrió los labios, siguiendo con la vista á su esposo, como poseída de cierto temor instintivo.

El Sr. de Vouillé se dirigió presurosamente á la verja, ante la cual estaba parado un carruaje, en el que iban dos personas: una mujer y un hombre; y junto al postillón un lacayo con librea azul celeste y galones de plata, quien al ver al señor de Vouillé saltó del pescante.

—¡Acabarás de una vez, remolón! le dijo así que el conde estuvo á distancia conveniente para oírle.

Paróse éste admirado. ¿Quién era aquel criado que se tomaba la libertad de apostrofarle de semejante modo? Llegábase ya á él para reprenderle cual convenía, cuando de pronto exclamó soltando una recia carcajada:

—¡Cómo! ¿Tú, Lussac?—Yo, sí: ¿qué te asombra?—¿A qué viene esa mojiganga?

El fingido lacayo abrió la portezuela del coche, y presentando su brazo á la señora para que se apeara, le dijo:

—Querido conde, tengo el honor de presentarte á la señora duquesa de Berry; y dirigiéndose á la duquesa añadió: Señora duquesa, el señor conde de Vouillé, uno de mis mejores amigos y uno de vuestros más fieles servidores.

El conde retrocedió dos pasos, y exclamó pasmado:

—¡La señora duquesa de Berry! ¡Su Alteza Real!—La misma, contestó ésta.—¿No te alegras y enorgulleces de recibirla? le preguntó Lussac.—Tanto como cumple á un ardiente realista. Pero...—¡Cómo! ¿Hay un *pero*? preguntó la duquesa.—Hoy es el cumpleaños de mi esposa y tengo á la mesa veinte y cinco convidados.—No le hace, caballero; ya sabéis que hay un refrán, según el cual donde comen dos pueden comer tres; modificad un poco este proverbio, y decid por extensión que donde comen veinte y cinco, pueden haber veinte y ocho. Digo veinte y ocho, porque si bien el barón de Lussac es por el momento mi criado, confía sentarse á la mesa como los demás.—Sí, por cierto; me quitaré la librea, dijo el barón.

El Sr. de Vouillé estaba en ascuas.

—¿Qué hacer? exclamó, ¡medrados estamos!—Vamos á ver, dijo la duquesa; calmáos y hablemos razonablemente.—Pues á fe que el momento es oportuno, dijo el conde; estoy medio loco.—Supongo que no será de alegría, repuso la duquesa.—De terror, señora, de terror.—¡Oh! exageráis la situación.—Nada de eso, señora: vos no sabéis que tengo convidados al prefecto de Poitiers y al alcalde de Chatellerault.—¡Buena! Me presentaréis á ellos.—¿Y con qué título?—Con el de prima vuestra. ¿No tenéis una á cincuenta leguas de aquí?—¡Feliz idea!—¡Loado sea Dios!—Efectivamente tengo una prima en Tolosa, la señora de la Myre.—Pues, quedamos en que soy la señora de la Myre.

Volviéndose luego hacia el carruaje y ofreciendo el brazo á un anciano de sesenta á sesenta y cinco años que había permanecido oculto durante la conversación, le dijo:

—Venid, señor de la Myre. ¡Qué sorpresa para nuestro primo la de vernos llegar en el mismo día de cumpleaños de su esposa! Vamos, primo.

Y cogióse alegremente del brazo del conde.

—¡Adelante! contestó éste decidido ya á acometer la aventura que con tan buen humor iniciaba la duquesa.—¿Y yo?

exclamó el barón de Lussac desde el coche donde se quitaba la librea para ponerse una levita negra.—¿Quién serás tú? preguntó el conde.—¡Pardiez! seré el barón de Lussac, y si la señora duquesa lo permite, el primo de tu prima.—¡Hola, hola, señor barón! Me parece que os tomáis muchas libertades, dijo de pronto el anciano.—No importa, replicó la duquesa; ahora estamos en el campo.—En campaña, querréis decir, observó Lussac; y habiendo acabado de vestirse, añadió: Vamos.

Delante de todos el señor de Vouillé se dirigió sin vacilar al comedor. La dilatada ausencia del conde había acrecentado visiblemente la curiosidad de los convidados y la inquietud de su esposa, de modo que al abrirse la puerta todos los concurrentes volvieron la vista hacia los recién venidos, quienes no se desconcertaron á pesar del arduo papel que iban á representar.

—Querida amiga, dijo el conde á su mujer, muchas veces te he hablado de una prima mía que vive en los alrededores de Tolosa.—¿La señora de la Myre? preguntó vivamente la condesa.—La misma. Pues la señora de la Myre se traslada á Nantes, y no ha querido pasar por delante del castillo sin aprovechar la ocasión de conocerte. Da la casualidad que esto sucede en el día de tu cumpleaños, y no puedo menos de considerarlo como un agüero muy favorable.—¡Querida prima! exclamó la duquesa abriendo los brazos á la señora de Vouillé.

Abrazáronse ambas con extremada cordialidad, mientras el señor de Vouillé presentaba lacónicamente á los dos compañeros de la duquesa, con las palabras sacramentales:

—El señor de la Myre; el señor de Lussac.

Los circunstantes se inclinaron cortesmente.

—Ahora, dijo en seguida el señor de Vouillé, veamos si habrá sitio para los recién venidos, pues acaban de manifestarme que traen mucho apetito.

Todos se pusieron en movimiento; como la mesa era grande y los convidados estaban cómodamente, no fué difícil encontrar tres sitios.

—¿A no engañarme, primo, me habéis dicho que teníais convidado al señor prefecto de Poitiers? preguntó la duquesa.—En efecto, señora; vedle allí á la derecha de la condesa, con anteojos, corbata blanca y la cinta de la Legión de honor en el ojal.—Hacedme el favor de presentármelo.

El señor de Vouillé pensó que empezada ya con tanta osadía la comedia, era preciso representarla hasta el fin, y en su consecuencia se dirigió al prefecto que estaba majestuosamente apoyado en el respaldar de su silla.

—Señor prefecto, le dijo, poseída mi prima de su tradicional respeto á la autoridad, considera que con vos no basta una presentación general y quiere seros presentada particularmente.—Y también *oficialmente*, primo, añadió la duquesa.—General, particular y oficialmente, respondió con galantería el funcionario, bienvenida sea la señora.—Mil gracias, caballero.—¿Os dirigís á Nantes, señora? añadió el prefecto para decir algo.—Sí, señor, y de allí á París; por lo menos así cuento hacerlo, Dios mediante.—¿No será la primera vez que vais á la capital?—Nó por cierto; he vivido en ella doce años.—¿Y os ausentasteis?—Muy á pesar mío, os lo aseguro.—¿Hace mucho tiempo?—Dos años hará por julio.—Concibo muy bien que cuando se ha vivido en París...—Se desée volver á él; huélgome de que así lo comprendáis.—¡Oh! ¡París! ¡París! exclamó el funcionario.—Tenéis razón, es el paraíso del mundo, repuso la duquesa.

Y volvió repentinamente el rostro, porque sintió que una lágrima humedecía sus párpados.

—¡Ea! ¡a la mesa! dijo el señor de Vouillé.—Querido primo, añadió la duquesa dirigiendo una mirada al sitio que se la destinaba, os ruego que me coloquéis al lado del señor prefecto, pues acaba de hacer tan fervientes votos por lo que más anhelo en este mundo, que desde luego se ha captado mi simpatía.

Satisfecho con este cumplido, apresuróse el prefecto á retirar la silla, y *Madame* se sentó á su izquierda, en perjuicio de la persona que hasta entonces había ocupado aquel honorífico sitio. Los dos hombres de su séquito ocuparon sin replicar los asientos que se les designaron, y luego empezaron á comer con buen apetito, en especial el señor de Lussac. Los demás imitaron el ejemplo de éste, reinando por un momento el solemne silencio propio del principio de una comida impacientemente esperada.

Madame fué la primera que lo rompió. Su carácter aventurero la asemejaba al ave marina: gozábbase en la borrasca.

—Diríase que nuestra llegada ha cortado la conversación; nada hay más triste que una comida silenciosa; yo odio esas comidas, querido conde, os lo advieto; se parecen á aque-

llos banquetes de las Tullerías, en que según dicen sólo se hablaba cuando lo había hecho el rey. Antes de llegar nosotros se estaba conversando: ¿de qué se trataba?—El señor prefecto, dijo el de Vouillé á la duquesa, ha tenido la amabilidad de proporcionarnos algunos datos oficiales acerca de *la intentona* de Marsella.—¿Cómo *intentona!* replicó la duquesa.—Son sus palabras textuales.—Y en realidad las más adecuadas al asunto: ¿qué otro nombre puede darse á una expedición en que basta que un subteniente del 13.º de línea prenda á un caudillo de los sediciosos para que la sublevación se vuelva agua de cerrajas?—¡Pero por Dios, señor prefecto! contestó abatida la duquesa; en todos los grandes acontecimientos hay siempre un instante decisivo en que el destino de los magnates y de los imperios vacila como una hoja al soplo del viento. De seguro que si cuando en Lamuré se adelantó Napoleon hacia los soldados que se mandaron para perseguirle un subteniente cualquiera le hubiese cogido, el regreso de la isla de Elba tampoco habría sido más que una intentona.

Tras estas palabras hubo un momento de silencio: la duquesa las profirió con acento de convicción.

—¿Y á todo esto, añadió, qué se sabe de la duquesa de Berry?—Ha vuelto á embarcarse en el *Carlos Alberto*.—¿Sí?—Me parece, añadió el prefecto, que es el partido más razonable que podía haber tomado.—Así lo creo, dijo el anciano que acompañaba á la duquesa y hablaba entonces por primera vez: si yo hubiese tenido el honor de encontrarme cerca de Su Alteza y ella se hubiese dignado escucharme, le habría dado sinceramente este consejo.—No hablo con vos, señor marido; hablo con el señor prefecto y me tomo la libertad de preguntarle si está bien seguro de que S. A. R. se haya reembarcado.—Señora, contestó el prefecto añadiendo á sus palabras uno de esos gestos de admiración que no admiten réplica, el gobierno tiene conocimiento de ello por conducto oficial.—¡Ah! Ya es otra cosa, repuso la duquesa; si el gobierno lo sabe *oficialmente*, no hay que dudar de ello. Sin embargo, añadió luego aventurándose en un terreno más resbaladizo todavía, me habían informado de muy distinto modo.—¡Señora! dijo el anciano con cierto aire de reconvencción.—¿Y qué os habían dicho, querida prima? preguntó el señor de Vouillé que empezaba ya á aficionarse á aquellos alardes de osadía como un jugador atrevido á desafiar los caprichos del azar.—Y

¿qué os habían dicho, señora? repitió el prefecto.—Ya os haréis cargo, señor prefecto, de que no puedo daros una versión oficial; sólo os transmitiré un rumor que tal vez carece de sentido común.—¡Señora de la Myre! exclamó el anciano.—¿Qué se os ofrece, señor de la Myre?—¿Sabéis que se me antoja, señora, observó el prefecto, que vuestro marido es un importuno? Apostaría cualquier cosa que es él quien se opone á que volváis á París.—Precisamente: pero confío efectuarlo mal que le pese. Lo que la mujer quiere....—¡Oh! las mujeres! exclamó el funcionario público.—¿Qué más? preguntó la duquesa.—Nada, nada; espero que tendréis la amabilidad de explicarnos esos rumores de que nos hablabais poco há.—¡Ah! ¡No vale la pena! Había oído decir, y observad que no hago más que contaros un rumor; había oído decir que la duquesa de Berry, sin hacer caso de los reiterados consejos de cuantos la rodeaban, se había negado obstinadamente á reembarcarse.—Pero si fuese así ten dónde querriáis que estuviese?—En Francia.—¿En Francia? ¿Y con qué designio?—¡Cáspita! no ignoráis que el objeto de todos sus afanes y esperanzas era en primer lugar la Vendée.—Ciertamente; pero frustrado el movimiento en el Mediodía...—Razon más para probar fortuna en la Vendée.

El prefecto se sonrió desdeñosamente.

—¿Creéis pues en el reembarco de *Madame*?—Y puedo afirmaros, respondió el funcionario, que á estas horas se halla en los estados del rey de Cerdeña á quien Francia no dejará de pedir las oportunas explicaciones sobre el particular.—¡Pobre rey de Cerdeña! Se me figura que su explicación será muy sencilla.—¿Cuál?—Ya sabía yo que mi prima era una atolondrada, mas nunca hubiera creído que llegase su locura hasta este punto.—¡Señora! ¡Señora! exclamó el anciano.—Vamos á ver: ¿queréis dejarme en paz, señor de la Myre? Me lisonjeo de que si bien os oponéis muy á menudo á mi voluntad, me haréis por lo menos el obsequio de respetar mis opiniones, que por otro lado no dudo son las mismas que las del señor prefecto. ¿Es verdad, señor prefecto?—Lo que veo de verdad en todo esto, contestó riendo el aludido, es que Su Alteza ha obrado en este asunto con una ligereza inconcebible.—¿De veras? contestó la duquesa; ¿qué diríais pues si se realizasen los rumores de que os hablaba poco há?—Pero ¿por dónde queréis que vaya á la Vendée?—¡Toma! eso es lo de menos. Por la prefectura de vuestro

vecino, por la vuestra, por ejemplo: dicen que la han visto y conocido en Tolosa mientras cambiaba el tiro delante del correo y en coche descubierto.—¡Diantre! exclamó el prefecto: eso seria demasiado!—Más que demasiado, increíble, contestó la duquesa.—Y tan increíble, añadió el conde, que el señor prefecto no créa una palabra de todo eso.—Ni una palabra, repuso el prefecto recalcando los términos con marcada intención.

Abrióse al propio tiempo la puerta del comedor y entró un criado del conde anunciando que acababa de llegar un portero de la prefectura, portador de un parte telegráfico recién llegado de París para el primer funcionario del departamento.

—¿Permitis que entre? dijo el prefecto al conde de Vouillé.

—Con mucho gusto, contestó el dueño de la casa.

Entró el portero y entregó un pliego cerrado al prefecto, quien se inclinó solicitando la venia de los concurrentes para abrirlo.

Reinaba un profundo silencio; todas las miradas estaban clavadas en el funcionario. *Madame* hacía señas al señor de Vouillé, que se sonreía con disimulo, al señor de Lussac, que lo hacía sin rebozo, y á su fingido esposo que conservaba una gravedad inalterable.

—¡Cáscaras! exclamó de pronto el prefecto mientras la indiscreta turbación de sus facciones revelaba claramente su sorpresa.—¿Qué pasa? preguntó el señor de Vouillé.—Que la señora tenía mucha razón al decir que Su Alteza Real no había salido de Francia, puesto que se dirige á la Vendée por Tolosa, Libourne y Poitiers.

Y así diciendo se levantó.

—¿Adónde vais, señor prefecto? preguntó la duquesa.—A cumplir mi deber por penoso que sea; á ordenar que sea detenida Su Alteza Real, dado caso que como dice el parte de París haya tenido la imprudencia de pasar por mi departamento.—Id en buen hora, señor prefecto, contestóle la señora de la Myre; no puedo menos de aplaudir vuestro celo y de aseguraros que me acordaré de él cuando llegue la ocasión.

Tendióle en seguida la mano y besóla con galantería el prefecto, no sin que éste y el señor de la Myre cruzasen una mirada para solicitar y conceder respectivamente el oportuno permiso.